

JOSE F. MONTESINOS PROFESOR "IN PARTIBUS"

HACE aproximadamente año y medio, en una entrevista que le hice al profesor Montesinos, me contó cómo él hubiera preferido enseñar literatura española en España en lugar de hacerlo en Estados Unidos. Allí enseñaba a gente que no eran españoles, y para los que la literatura española no era lo suyo. Aquí —me decía—, una enseñanza como la mía resulta un poco bizantina, va dedicada a gentes que, o bien tienen un espíritu romántico marcadísimo y aspiran a conocer unas cosas incógnitas para ellos, porque son exóticas o lejanas, o bien a tonatinas que quieren ser maestros de español lo antes posible y que vienen a sacar un título por puro profesionalismo. En España, yo hubiera podido contar siempre con un auditorio mucho más extenso, más leal, por más interesado en las cosas que yo les dijera.

Ahora, el profesor Montesinos, después de treinta y cinco años de ausencia de la Universidad española, ha dado un curso en la Universidad central y otro en la Universidad autónoma de Barcelona. En ambos cursos ha tenido un alumnado numeroso y atento que se ha divertido, se ha interesado y ha aprendido con las clases de este gran hombre, este gran maestro y este gran intelectual que es José Fernández-Montesinos.

Antes de iniciarse estos cursos, Montesinos me hablaba de su miedo a enfrentarse con un alumnado desconocido, miedo que se incrementaba, según él, por su extrema vejez frente a la extrema juventud del alumnado.

«No sé cómo el estudiante español recogerá mis palabras y mi visión de los libros —me decía—, sobre todo teniendo en cuenta que no voy a hacer clases extraordinariamente arduas. Como siempre, yo hablaré de autores y de libros y no sé si los estudiantes y yo veremos todo con los mismos ojos. Mi esperanza —seguía diciéndome— es que la dialéctica de las generaciones se hace sentir más de padres a hijos que de nietos a abuelos; quizá por ello tenga yo mejor acogida que la tendría si tuviese veinte años menos». La acogida, como era de prever, ha sido excelente, y

Montesinos está ahora satisfechísimo de haber dado estos cursos.

—La Universidad española ha sido para mí un conjunto de sorpresas y desengaños. Como institución es enteramente lamentable porque no hay manera de que sea lo que ha de ser; la gente no se pone de acuerdo, no hay dinero y la ciencia cuesta dinero. Pero el profesorado español que yo he conocido es de primer orden, y a pesar de los trastornos políticos y no sólo políticos el alumnado me ha parecido de una calidad extraordinaria. La índole de mis cursos ha sido tan peculiar que yo no podría juzgar a esos alumnos de modo exacto, pero lo que me ha caído en suerte, y ha sido mucho porque he tenido clases copiosas, ha sido de gran calidad y me parece excepcional en el mundo de hoy. Comparado con lo que yo he visto en Estados Unidos estos años, el español es mejor estudiante y mucho más serio como persona.

«Para los estudiantes de Barcelona no tendría más que elogios por lo que yo he visto. Mi experiencia personal ha sido única y hecha a la edad que yo tengo, en la que sería normal que los estudiantes vieran un poco a ver el muerto detrás de su tumba, la participación que han tenido conmigo ha sido algo extraordinario que me ha rejuvenecido cincuenta años.

Montesinos nació en Granada, donde se licenció en Hispánicas; trabajó luego un tiempo en el Centro de Estudios Históricos de Madrid; se marchó en 1920 a Hamburgo, de cuya Universidad fue lector durante doce años. A fines de 1932 se incorporó a la Universidad Central, en Madrid, como encargado de curso. Desde 1938 hasta 1946 vivió en Francia como lector de la Universidad de Poitiers, y en 1946 se trasladó definitivamente a Berkeley, donde ha sido catedrático de la Universidad de California durante veinticinco años.

—¿Cuáles han sido las influencias negativas y positivas más importantes de su vida?

—La dictadura de Primo de Rivera, que me mantuvo en Alemania muchos más años de los que hubiera estado, la guerra civil y la segunda guerra mundial, que me hicieron perder los diez mejores años de mi vida.

«Lo que me ha hecho hacer algo es una monomanía literaria y, a última hora, una reacción explicable en los viejos, debida al deseo de recuperar el tiempo perdido —cosa imposible, claro—, pero que se impone en ocasiones con la fuerza sugestiva y fascinadora de un espejismo. El trabajo de los viejos, sobre todo cuando han perdido su tiempo, es algo así como una tentativa de volver a la juventud. Se equivocan porque lo que hacen ya no es juvenil. Por eso se dan tantos casos de viejos que producen con una abundancia lamentable, y cuanto más producen más viejos parecen. Yo no sé si ese es exactamente mi caso. Creo que no, porque sobre volver a ser joven no me hago ya ilusiones.

«Sin embargo, yo he sido un hombre que, habiendo sufrido muchísimo y habiendo hecho tantos disparates como cualquier otro, no ha sabido arrepentirse nunca de nada. Si yo hubiera tenido una vida normal sin las sacudidas que la mía ha tenido, hubiera sido o no un profesor normal con una carrera normal, hubiera hecho algunos libros más..., pero todo eso es inimaginable y mi drama era siempre demasiado obsesivo para permitirme imaginar nada distinto.

Montesinos fue cuñado de Federico García Lorca, y cuando habla de los recuerdos de su primera juventud en Granada, su amistad con él aparece siempre presente, y cuenta cómo Federico tocaba el piano para él, o cómo juntos comentaban las obras de teatro de García Lorca... Alguna vez Montesinos me ha dicho que cuando éste le enseñó por vez primera «La casa de Bernarda Alba», le dijo: «Esta si que te va a gustar», y Montesinos me ha dicho que nunca vería una representación de dicha obra porque ésta nunca sería equiparable a la lectura que una vez hizo de ella el mismo García Lorca. Una vez en

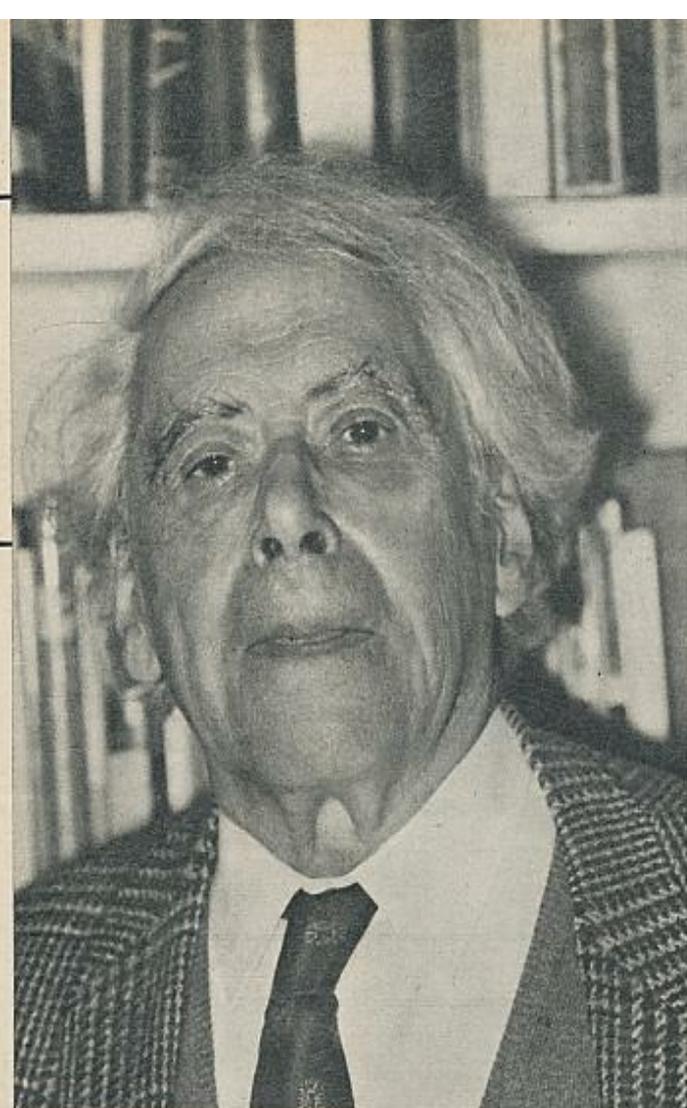
que yo le pregunté al profesor Montesinos sobre cómo se producía la creación artística, y cómo se aprendía a escribir bien, me dijo:

—Te diré lo que dice Juan de Valdés: «Hay que escribir como se habla», pero es menester hablar bien. Yo creo que el artista nace y luego se hace. Nadie ha podido aprender a hacer un poema de García Lorca; ahora bien, el mismo poema de García Lorca es mejor o peor según la edad en que Federico lo escribe, lo cual quiere decir que él aprende muchas cosas, va logrando una conciencia cada vez más fina. Los grandes artistas son hombres de gran rigor; por esto la creación artística suele ser una larga gestación; el caso de Lorca es el más claro que yo he visto. Lorca producía con gran rapidez, según la clasificación de Unamuno; Lorca era un escritor eminentemente viviparo; pero a la producción de la obra antecedía una gestación larguísima, las obras las tenía Lorca en la cabeza años y años; cuando la creación de la obra ocurría era porque ya era inevitable, tenía que salir.

Pero Montesinos se va de Granada a los diecinueve años. Es su etapa del Centro de Estudios Históricos de Madrid y de su lectorado en la Universidad de Hamburgo.

—De aquella época data mi vocación, que debo al Centro de Estudios Históricos y al magisterio de Américo Castro. Como mis impulsos primarios han sido siempre frenéticos, aquella vocación lo fue también, y vinieron años de trabajar veinte horas seguidas. La consecuencia fue que lo hecho entonces fuera precoz, prematuro y muy poco sazonado todo. Los doce años en Alemania no me sirvieron para aprender, como la gente ha creído, grandes maravillas de ciencias y métodos alemanes; la verdad es que Alemania resbaló bastante sobre mí; fue una época muy confusa en que se mezclaban en mí deseos, ilusiones, fracasos y éxitos, pero pude trabajar a gusto y a mi aire.

«Luego vino el bache tremendo de los diez años del treinta y seis



al cuarenta y seis. Como yo no soy hombre «científico», de los que pueden aislarse de la vida pensando en lo que pasó en la Historia en el siglo XV, la descomposición que aquello operó en mí dejó naturalmente una estela, y los primeros años míos en Estados Unidos fueron completamente estériles. Luego, vuelto a una cierta tranquilidad, que debo más a los años que a la Historia contemporánea, que es para enloquecer al más tranquilo, volví a una productividad quizá extremada —he escrito demasiado en demasiado poco tiempo— que es un poco el desquite del tiempo perdido, pero con casi tres cuartos de siglo encima esto también se va acabando, y sólo quiero terminar dos libros que tengo entre manos para irme a vivir a algún lugar perdido y acabar como un héroe de Azorín de los más fracasados; de los que dicen a cada momento: «El año tal yo le dije a Fulano...».

Montesinos, que empezó su vida profesional como «insigne lopista» —según él mismo dice debido a un interés generacional, una generación que «hizo su obra con los ojos fijos en Lope»— ha dedicado los últimos años al estudio de la novela española del siglo XIX; a explicar «cómo y por qué la novela había llegado a ser la expresión única del siglo XIX y las causas de su tardío advenimiento a España».

El resultado ha sido una serie de obras y algún artículo que forman la contribución más importante hecha hasta ahora al conocimiento crítico-histórico de la novela española del siglo XIX.

—Mi crítica ha sido siempre una tentativa de hacer valer las cosas y los libros tratando de acercar en lo posible esos autores generalmente tan olvidados y maltratados por la crítica más reciente, haciendo ver en qué consistió su aportación a las técnicas novelescas, aunque esa aportación hoy nos parezca tan pobre que ni siquiera la echamos de ver. Por ejemplo, sin hacerse cargo del enorme empuje que un autor tan maltratado como Fernán Caballero dio al arte de novelar, no vale la pena leer a Fernán Caballero; pero si se tiene en cuenta esa aportación suya muchas de sus páginas pueden parecerse de gran interés histórico.

Para Montesinos, la labor de un crítico debe ser la de hacer vivir los libros y debe hacerlo partiendo de la conciencia de la historicidad de la obra literaria y de la circunstancias del autor.

Le pregunto por qué ha elegido para su estudio los autores que ha elegido.

—Por afinidades selectivas, porque me gustaban. Aun cuando yo he leído más libros inútiles, im-

sibles, ilegibles que nadie en el mundo, en razón de mi oficio de historiador, todo se ha hecho en función de lo que realmente me interesaba; ha sido el sacrificio hecho en honor de lo que a mí me interesaba hacer valer, de lo que creo son unos valores eternos de la cultura española. Yo sería incapaz de hacer nunca un estudio sobre los poetas menores del cancionero de Baena o sobre el periodismo del siglo diecinueve, a menos que aquello supusiera dar claridades a algo extraordinariamente relevante; por ejemplo, la increíble genialidad inventiva del siglo quince o la localización del astixiante desierto sobre el que se van levantando los montículos de los novelistas del siglo pasado hasta llegar a Galdós. Pero nunca haré erudición por erudición.

«Hay cosas que me gustan e interesan, como puede ser Cervantes y el Quijote, sobre las que nunca he escrito nada precisamente por gustarme demasiado. Un crítico literario escribe difícilmente sobre un libro que le hace llorar o reír o le conmueve enormemente. No se puede escribir crítica literaria sobre libros que le sacan a uno de sí y le impiden ver. Por la misma razón que yo, aficionado a recitar versos, no podría leer en voz alta el poema de Lorca sobre la muerte de Sánchez Mejías porque acabaría llorando a mares, tampoco podría escribir una línea sobre él ni sobre otros temas que me conmuevan profundamente.

Montesinos habla con gran vehemencia y exaltación. Su personalidad irradia calor, vitalidad, buenas vibraciones, carisma, entusiasmo. Quizá sean en parte estas cualidades las que le hacen ser un gran maestro.

—Me gusta enseñar porque yo, que soy un hombre poco comunicativo y poco sociable, necesito siempre la comunicación con la gente más joven que yo, que tantas cosas puede enseñarme, entre otras, a ver las cosas de distinta manera de como me han enseñado a verlas. Yo soy, sobre todo, historiador, o quiero serlo, y sé por ello que la Historia es fluencia, y porque no quiero enca-

pillarme ni estancarme necesito el desahúe de la comunicación magistral.

«Creo que un maestro debe tener una cualidad positiva, que es el entusiasmo, y otra negativa, que es la de ser un histrión. Hay que creer siempre lo que se dice, pero decirlo como lo haría un actor: si el equilibrio se rompe, el resultado es un desastre. El entusiasta puro resulta ridículo y el histrión a solas hace reír a todo el mundo sin provecho para nadie.

Montesinos, después de treinta y cinco años de ausencia, ha venido a España y ha dado unos cursos en la Universidad. Ahora, finalizados los mismos, vuelve a Berkeley, California, su lugar de residencia habitual. Le pregunto qué le ha parecido la España de ahora, y qué opina del estado actual de la literatura española.

—Dejemos lo de España. Me parece muy bien y muy mal y me he alegrado de ver que las cualidades más gratas y laudables del carácter español permanecen intactas, pero dejémoslo. De la literatura tampoco puedo decir nada porque apenas la conozco; he leído cosas que me han gustado, pero sería injusto citarlas porque yo no sé si hay cosas mejores y mi desconocimiento me haría ser incompleto e injusto, por lo que parecerían omisiones voluntarias y no lo serían. Lo que puedo decir, sin atenerme a ejemplos concretos, es lo que digo de la tendencia general de todas las literaturas. Creo que estamos en un momento de bizantinismo, por consiguiente de decadencia, debido a la incapacidad en que están los grandes creadores de crear mitos; la creación del mito, esa especie de composición sintética que lo explica todo sin analizar nada, se ha sustituido por el análisis preciso, lo cual quiere decir que van desapareciendo las creaciones humanas en literatura.

Montesinos se va a Berkeley. Allí se propone escribir el tercer tomo de Galdós, que aparecerá después del cuarto, que ya está en imprenta. Luego, en verano, quizá vuelva, y quizá vuelva a enseñar en la Universidad. Ojalá sea así. Creo que a todos los que hemos podido escucharle en sus clases, nos gustaría. ■ MARIA JOSE RAGUE.